

nobleza para dar su confianza á hombres humildes y sin mérito personal, la iniquidad con que dejando en paz á los bárbaros y á los infieles, habia vuelto sus armas contra sus propios vasallos, causando turbulencias y terribles estragos en el país que sus padres le habian dejado en un estado floreciente. Se le acusó además de haber destruido iglesias y monasterios, destinando sus rentas en edificar fortalezas, no para defender el país sino para esclavizar á una nacion libre cual era la de Sajonia, y se determinó que si espirado el año de su excomunion no se hacia absolver, quedaria destronado para siempre.

»Enrique, que deseaba á toda costa conservar el trono, envió diputados á Tribur, ofreciendo que dejaria el gobierno á los grandes con tal que le dejaran á él el título y las insignias de la dignidad real, pero le contestaron que no podian fiarse de las palabras del que tantas veces habia faltado á ella, y que habiéndolos absuelto el Sumo Pontífice del juramento de fidelidad que le habian prestado, querian aprovechar tan oportuna ocasion para nombrar un rey bueno y benéfico para el país.

»Los que habian formado la dieta escribieron al Papa inclinando su ánimo á fin de que pasara á Augsburgo para la fiesta de la Purificacion con objeto de celebrar otra asamblea que fuese por él presidida, y en la que solemnemente aprobase la decision que habian tomado acerca de Enrique, ó resolver definitivamente en un caso de tal importancia. Como quiera que Enrique determinase reconcentrar sus tropas en un punto para dar una batalla, determinado á vencer ó morir, los confederados le enviaron una diputacion para decirle que por más que él no hubiese respetado derecho alguno en paz ni en guerra, ellos querian guardar las leyes con respecto á su persona, y le daban cuenta de haber dispuesto someter su causa á la deliberacion del Papa, advirtiéndole su determinacion de invitar á Gregorio á que se trasladase á Augsburgo para que presidiese una dieta general de los príncipes del imperio, en la que despues de haber oido las razones de ambas partes se tomara una decision definitiva, y concluian por aconsejarle que se trasladase á Roma para alcanzar del Papa que le absolviese de la excomunion, y que si aceptaba esta condicion y otras que al mismo tiempo le imponian, habia de mostrarse sumiso á la Santa

Sede, alejando de él á todos los excomulgados, y viviendo hasta la resolucion definitiva como un simple particular, para lo que debia licenciar sus tropas, no frecuentando en todo este tiempo ninguna iglesia, ni usando ninguna insignia de la dignidad real.

»No veia Enrique más puerto de salvacion que cumplir todas las condiciones que se le imponian, pues de lo contrario hubiera perdido toda esperanza, y así con una política sagaz, pues como veremos más adelante en nada habia variado de sentimientos, manifestó conformarse con todo, y empezó por alejar de su lado á los obispos excomulgados de Bamberg, Colonia, Strasburgo, Basilea, Espira, Lausana, Ceitz y de Osnabruc, así como tambien á los señores Ulrico de Cosheim, Eberardo, Hartan y los demás que se hallaban en el mismo caso. Desarmó á la guarnicion de Worms, y dió entrada en dicha ciudad á su obispo, y solo, sin más acompañamiento que su mujer y su hijo, se retiró á Espira, donde permaneció por algun tiempo, conformándose con lo que le habia sido impuesto por la dieta de Tribur.

»Los príncipes mandaron á Roma embajadores que hicieron conocer al Papa la decision de la dieta, y fueron encargados al mismo tiempo de anunciar la de Augsburgo, y hacer la invitacion á Gregorio de que se trasladase á la Alemania. Aceptó el Sumo Pontífice la invitacion y se puso en camino acompañado de la condesa Matilde, de los dichos embajadores que eran Mangoldo, conde de Veringen, hijo del conde Wolfram y hermano de Herman el corista; Udon de Tréveris, y algun otro, y un séquito y fuerzas respetables. Matilde era señora de una parte muy principal de Italia; á saber, de la Toscana, del país de Luca, de Parma, de Reggio y de Mántua, y como habia quedado viuda á los treinta años de edad, de Godofredo el Jorobado, duque de Lerma, que fué asesinado en Amberes, y habia sido siempre muy fiel al rey Enrique, estaba casi de continuo al lado del Papa, á quien mostraba el afecto de una hija para con su padre.

»Casi al mismo tiempo supo el Papa la llegada de Enrique á Italia por una parte, y por otra la de los obispos y señores excomulgados que aquel habia apartado de su presencia, y como le pareciese oportuno y prudente estar á la mira de las intenciones que les guiaban, se retiró á Canosa, en Lombardía. A poco llega-

ron tambien á la misma poblacion los obispos y los señores alemanes, los cuales descalzos y vestidos de lana fueron á pedir la absolucion al Papa. Este les recibió con agrado, mas como quiera que tanto tiempo habian permanecido en su obstinacion, les dijo que nada era más grato á su corazon que la reconciliacion de los pecadores, pero que era necesario se sujetasen á una penitencia. Ellos se mostraron dispuestos á hacer cuanto les ordenase, y Gregorio hizo colocar á los obispos en celdas separadas, privándoles de toda comunicacion y reduciéndolos á una sola comida muy frugal que debian tomar al ponerse el sol. A los señores les impuso otras diversas penitencias con arreglo á su estado, y despues de algunos dias, los llamó, les amonestó para que no delinquieran en adelante, y les despidió despues de concederles la absolucion, encargándoles que no comunicasen con Enrique, ni hablasen con él á menos que no fuese para inclinar su ánimo á que imitase el ejemplo de ellos haciendo penitencia y humillándose ante el poder de la Santa Sede.

»Entre tanto Enrique se habia acercado tambien á Canosa, acompañado de su esposa y de su hijo Conrado que todavía era muy niño, y llegó al castillo donde se hallaba el Papa con la condesa Matilde, el dia 25 de Enero de 1077. Pasó tres dias á la intemperie en el segundo de los tres muros de aquella plaza, descalzo, en ayunas y vestido con una simple túnica de lana, y fué por fin admitido al cuarto dia á la presencia del Papa, en fuerza de las grandes instancias que al efecto hicieron la condesa Matilde y el santo abad de Cluni. Despues de muchas discusiones y en atencion á que espiraba el año de la excomunion, el Papa determinó absolverle bajo condiciones las más duras y humillantes. Estas condiciones fueron que compareceria Enrique ante los grandes de Alemania, en el dia y lugar que indicase el Papa y que allí respondería á las acusaciones de que habia de ser juez el Supremo Pontífice: que con arreglo á lo que allí se decidiese tomaria ó dejaría la corona, sin intentar jamás tomar venganza por lo que se decidiese, y que entretanto no usaría insignia alguna de la dignidad real, ni tendría intervencion de ninguna clase en el gobierno del Estado sino para cobrar la renta que exigiese su manutencion y la de su familia, y además que apartaria para siempre de su lado á

todas aquellas personas que le habian dado malos consejos, y muy especialmente á Roberto, obispo de Bamberg, y que si conservaba la dignidad real se mostraría siempre sumiso á la cabeza de la Iglesia, ayudándola con todo su poder á corregir en su reino los abusos contrarios á las leyes eclesiásticas, y por último, que si faltaba á alguna de estas condiciones, la absolucion seria nula; y quedaria condenado irrevocablemente, y los grandes en plena libertad para elegir otro rey. Enrique aceptó todas estas condiciones y firmó un acta en la que se extendieron. Hé aquí el texto de dicha acta:

«Yo Enrique, Rey, prometo; que me hallaré el dia señalado por el señor papa Gregorio en la reunion de los arzobispos, obispos, duques, condes y demás príncipes del reino teutónico; segun el juicio que aquel pronuncie, daré satisfaccion de las quejas que exponen contra mí, ó me reconciliaré con ellos y con los que siguen su partido. Si obstáculos reales impiden que él y yo nos hallemos en el lugar correspondiente, el dia fijado para esta reunion, quedaré con las mismas obligaciones para en adelante. Si el señor papa Gregorio quiere pasar los montes, ó visitar alguna otra parte del reino, tendrá seguridad entera de mí, y de la de todos aquellos que me obedecen, tanto para su vida y sus miembros como para su libertad, lo mismo que para la vida, miembros y libertad de los que le acompañen, y de sus legados, bien sea que viajen ó bien que descansen. Con mi consentimiento no se hará nada contra su honor, y si fuesen atacados por alguno yo les sostendré con todo mi poder. Todo esto lo observaré de un modo leal é inviolable y lo atestiguo con juramento.»

«Los mediadores juraron todos sobre las santas reliquias, á excepcion del abad de Cluni, el cual empeñó su palabra ante la presencia de Dios, pues no podia jurar segun las reglas de su orden. Una vez firmada el acta solemne y absuelto el rey, celebró el Papa el santo sacrificio de la Misa, y al llegar á la comunion dirigió la palabra al rey en los siguientes términos: «Vos me habeis acusado de usurpador de la Santa Sede y de que ántes y despues de mi entronizacion en ella he cometido delitos que me hacen indigno de tan sublime dignidad. Sin embargo de que estoy suficientemente justificado con la virtud de los autores de mi promocion, y con el testimonio de los que han presenciado toda mi conducta desde

mi infancia, para disipar hasta las menores sombras, sea en este momento el cuerpo de Jesucristo una prueba de mi inocencia; ó si soy culpable, entre solamente en mi seno para darme la muerte.» Dichas estas palabras dividió la sagrada Hostia y consumió la mitad á presencia del pueblo, que manifestaba un júbilo extraordinario.

»En seguida dirigiéndose á Enrique, le dijo de este modo: «Haced, si os place, hijo mio, lo que me habeis visto hacer á mí. Los príncipes alemanes os han acusado en mi presencia de un gran número de crímenes, por los cuales creen que se os debe privar de la comunión de los fieles y aun de toda función civil y política. Piden con instancia que seais juzgado y vos sabeis la incertidumbre de los juicios humanos. Haced, pues, lo que os aconsejo; y si os sentís inocente, librad á la Iglesia de este escándalo, y á vos mismo de estos cargos: tomad esta otra parte de la Sagrada Hostia, para que esta prueba de vuestra inocencia cierre la boca á todos vuestros enemigos; y yo seré el primero de vuestros defensores para reconciliaros con los señores y terminar toda clase de discusiones.»

»Sorprendióse Enrique al escuchar tales palabras, y no atreviéndose á hacer el mismo juramento que el Papa sobre la Sagrada Víctima, le suplicó que esta prueba se remitiese al día en que se celebrara la dieta general, á lo que el Papa accedió con prontitud. Concluida la Misa, Gregorio convidó á Enrique á comer, obsequiándole según su clase y después de haberle aconsejado como debía obrar, le despidió en paz, y él fué á reunirse con los suyos que le esperaban fuera del castillo.

»En todo esto puede verse la verdad que encierran las acusaciones que se hacen contra el Santo Pontífice, al que se debió la reforma de la Iglesia en el siglo XI, y que supo volver á la Santa Sede todo aquel esplendor que le era debido, y que tan eclipsado se había visto en los tiempos anteriores, por las causas que ya conoce el lector.»

»Al dar cuenta de los siguientes concilios hemos necesariamente de fijarnos en asuntos de grande interés histórico.

»A través de tantos peligros como le presentaba aquel siglo de hierro, Gregorio no se dejaba abatir ni por un momento y siempre conservó su inalterable tranquilidad. No encontraba auxilios en

los hombres y ponía toda su confianza en Dios, tranquilizándole la justicia de su causa. Recordaba que Jesucristo había dicho á sus apóstoles que les enviaba como ovejas en medio de los lobos, y que había dejado por herencia las luchas y contradicciones á su Iglesia, fijando su consideración en los grandes trabajos que experimentaron sus gloriosos predecesores en los primeros siglos, se animaba y fortalecía, y procuraba también animar á los buenos. Véase de que modo escribía á los fieles de Alemania: «Sea vuestra esperanza firme é inalterable: la mano omnipotente de aquel que exalta á los humildes, tiene la misma fuerza para abatir el orgullo de los soberbios; porque sin duda alguna con la ayuda de Dios, la rabia de los enemigos volvará en vergüenza de ellos mismos, y la Santa Iglesia recobrará la paz por tanto tiempo deseada.»

»Las circunstancias eran las más críticas, puesto que Enrique se preparaba á toda prisa para su expedición á Italia. Gregorio no manifestaba el menor temor por él, y si algo temía era por Matilde, la cual pretendía resistir á las tropas de Enrique lo que era una verdadera insensatez. Conocía el Papa que en último resultado la condesa no tendría más remedio que firmar una paz forzada ó resignarse á perder todos sus dominios. Por su parte el Papa se limitó á mandar á sus legados que suplicasen á Welfo y á los demás señores del partido de Rodolfo, que no olvidasen sus obligaciones para con la Santa Sede, si Enrique llegaba á presentarse en la Lombardia.

»El duque Federico de Hohenstaufen, ardiente partidario de Enrique, fué por este confirmado en la posesión del ducado de Suabia, y encargado de combatir á los enemigos de la misma Suabia y de Baviera. Este, que sostuvo aquella guerra con muchas ventajas, se propuso también acabar con los sajones, cuya empresa era más gigantesca, pues que aquel pueblo era valiente y aguerrido, y estaba muy ufano por sus anteriores victorias. Esto no obstante Federico había llegado á reunir un ejército numeroso que cada día iba en aumento. Obrando prudentemente le pareció más oportuno entrar en negociaciones con ellos, y así por medio de algunos príncipes manifestó á los sajones su deseo de hacer la paz, pidiéndoles que fijasen un día en el cual reunidos los señores que por ambos partidos fuesen elegidos, pudiesen conferenciar sobre el

bienestar de Sajonia. Elegida de comun acuerdo la selva de Capua en las márgenes del Weser, para lugar de la conferencia, presentáronse por parte de los sajones los obispos de Maguncia, Magdeburgo, Salzburgo, Paderborne, Hildesheim, con los príncipes del país, y en nombre de Enrique comparecieron los obispos de Colonia, Tréveris, Bamberg, Espira, Utrech y otros diferentes señores. Luego que se hallaron reunidos fué el primero en tomar la palabra á ruego de los demás, Gebhardo, arzobispo de Salzburgo, hombre de tanta rectitud como elocuencia, el cual después de hablar con bastante moderacion sobre las injusticias de Enrique hácia los obispos, las iglesias y el país, continuó expresándose de este modo: «¡Nosotros todos que estamos aquí presentes y con nosotros todos los habitantes de la Sajonia, os instamos á vosotros, santos sacerdotes de Jesucristo, á vosotros muy nobles señores, á vosotros valerosos que os acordeis de Dios Omnipotente y de vuestro deber! ¡Sed los pastores de las almas y no sus destructores! Pensad que habeis recibido vuestra espada para defender y no para inmolarse á los inocentes. No nos persigais mas con el acero y el fuego á nosotros que somos vuestros hermanos y parientes... A pesar de las numerosas injusticias que hemos recibido de Enrique, queremos aún prestarle juramento de fidelidad, si podéis darnos la seguridad formal de que podemos hacerlo, sin perder el honor de nuestra clase y sin faltar á nuestra palabra y obligaciones. Porque si queis oír la exposicion de nestros motivos, os probaremos que ni clérigos, ni seculares han podido considerarle por mas tiempo como Rey, sin comprometer la salvacion de sus almas. Tal es en resumen nuestra demanda; probadnos de un modo satisfactorio que Enrique es rey legítimo, ó bien dejadnos demostrar que no puede serlo.»

»Contestaron los diputados de Enrique que ellos no se habian presentado para decidir una cuestión que tocaba personalmente al rey, y pidieron una suspension de armas desde el mes de Febrero hasta mediados de Junio, durante cuyo tiempo una dieta general pudiese resolver definitivamente sobre aquel punto. No se ocultó á los sajones que aquel plazo se pedia tan solamente como un pretexto por alguna nueva trama que querian armarles Enrique ó sus partidarios, por lo que replicaron que no querian engañar ni

ser engañados, y que su único deseo era aceptar ó conceder una paz honrosa. Los de Enrique hacian protestas falsas, cuando levantándose de repente Oton de Nordheim, que se hallaba indignado por tantas intrigas, exclamó con una voz fuerte que demostraba su disgusto: «¿Nos creéis, pues, tan tontos que no vislumbramos vuestros pérfidos manejos? Nos pedís la paz hasta que hayais puesto bajo vuestros piés á la Sede de Roma. Proponed y aceptad una paz justa y duradera ó no hableis mas del asunto. Si no lo consentís, volved allí de donde habeis venido; pero sabed entónces que dentro de poco recibireis huéspedes importunos, y cuando regreseis de Italia, vuestros dominios no presentarán el mismo aspecto, porque os declaramos formalmente que muy en breve elegiremos un rey para defendernos y vengar todas vuestras injurias.»

»Después de haber terminado una tregua de siete días, se separaron, habiendo perdido los partidarios de Enrique mucho partido, por que el resultado de la conferencia exasperó más los ánimos del pueblo, por lo que los sajones decian que aquella reunion les valia más que tres victorias.

»Entretanto Enrique no se preocupaba por el resultado de aquella conferencia, y pensaba tan solamente en dirigirse á Italia, lo que en efecto verificó en el mes de Marzo al frente de un numeroso ejército, y seguido de una multitud de obispos, príncipes y condes. El 22 de Mayo, víspera de Pentecostés, se presentó delante de Roma acompañado del antipapa Guiberto. Los romanos cerraron las puertas de la ciudad y la defendieron con las armas. A su paso encontró á su parienta Matilde que pretendió en vano detenerle, pues que las tropas de ella fueron arrolladas y muchas de sus fortalezas destruidas.

»Al mismo tiempo las tropas de Roma habian sitiado á Florencia, por haber encontrado cerradas sus puertas; pero al fin esta ciudad después de una heroica resistencia, en el mes de Agosto se vió obligada á rendirse y abrió sus puertas al enemigo. El sitio de Roma fué muy penoso, pues por espacio de dos años las tropas permanecieron experimentando muchos insultos y grandes desgracias que les hacian sufrir los romanos en sus frecuentes salidas. En tan largo espacio de tiempo no pudieron adelantar cosa alguna en la toma de Roma.